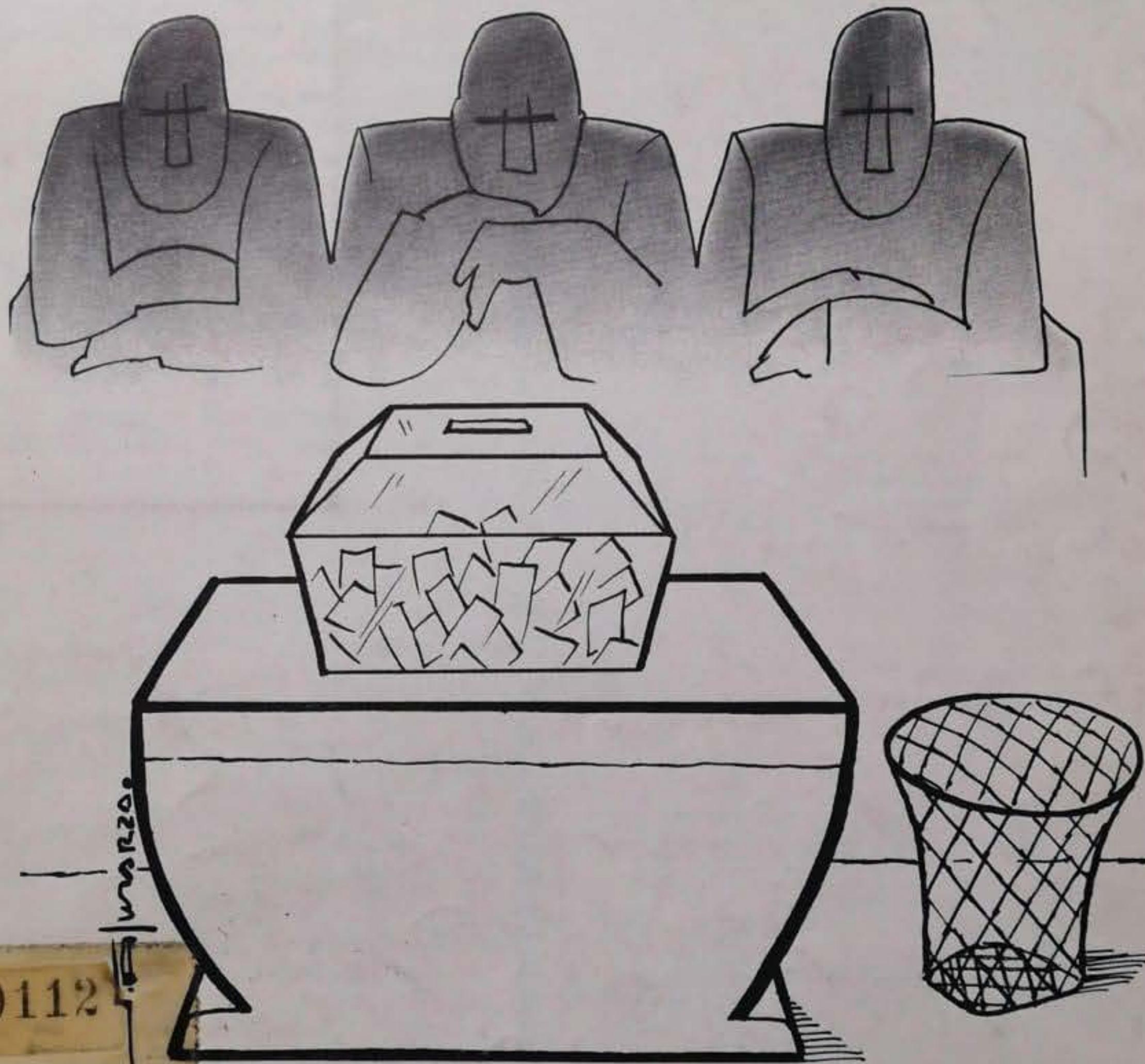


DISCUSION Y CONVIVENCIA

AÑO II NUM. 16
SEPTIEMBRE, 1971
PRECIO: 20 PTAS.

SANTANDER ¿UNA PROVINCIA
EN RETROCESO?



09112

ELECCION 71



39015062217

Un gran número extra de DC

14 ABRIL 1931- 1971

**DISCUSION Y
CONVIVENCIA**

NUM. 11-12 - ABRIL-MAYO 1971 - PRECIO: 34 PTAS.

EXTRA

**GRAN
ENCUESTA
SOBRE LA
REPUBLICA**

Otras secciones de este número:

- HOJAS DE LA HISTORIA
- LOS ESPAÑOLES ANTE LA REPUBLICA
- ANALISIS DE LA CONSTITUCION DE 1931
- REPORTAJES Y COLABORACIONES

Retirado de los puestos de venta por la aparición de los siguientes y ante la demanda que se hace de él,

puede solicitarse su envío de

EDITORIA Y DISTRIBUIDORA EUROPEA
Serrano, 100 - Madrid-6

REVISTA MENSUAL

EDITA: Editora y Distribuidora Europea
Serrano, 100 - MADRID - Tel. 275 39 40

Director: LUIS APOSTUA PALOS

CONSEJO DE ADMINISTRACION

PRESIDENTE: Geminiano Carrascal - SECRETARIO: J. L. Ruiz Navarro - VOCALES: Manuel García Atance, Antonio Melchor de los Heras, Juan Pascual Sanahuja, Juan Carlos Guerra Zunzunegui, Juan Luis de Simón Tobalina, Luis Juárez, Jesús Barros de Lis, Iñigo Cavero, F. Álvarez de Miranda

NUM. 16**SEPTIEMBRE, 1971****Ejemplar: 20 pesetas**

Depósito Legal: M. 9259-1970

Imprime: Gráficas REY

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES

Sistema - Extra-Sistema - Contra-Sistema

3

Esperar contra toda esperanza

4

Preguntas ante las elecciones

5

La minoría pensante

6

ESPECIAL SANTANDER

Signos de esperanza y señales de alarma, por Pedro Pérez del Molino Pombo

7 y 8

Binomio de convivencia en el Santander decimonónico, por Benito Madariaga

9, 10, 11,
12, 13 y 14

Una voz en DC. Los Procuradores hoy, por Alfonso Osorio

15 y 16

La IX Legislatura de las Cortes, por Iñigo Cavero

17

Nuestra celtibérica legislación electoral, por Oscar Alzaga Villaamil

18 y 19

Análisis sociológico de las elecciones, entrevista con José Vidal Beneyto

20, 21 y 22

La construcción en crisis permanente

23

Las elecciones de 1933

24

Por qué la juventud está en guerra permanente, por Jaime Lloret Gil

25, 26 y 27

CRONICAS DEL EXTRANJERO

Visión independiente de la realidad venezolana, por Antonio José de los Reyes

28, 29 y 30

Ante el ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad Europea, por Santiago Hervás

LIBROS

Una diagnosis del régimen autoritario, por Carlos M. Bru

31 y 32

LOS GRANDES EUROPEOS

VIII Aniversario de la muerte de Robert Schuman

33

TEATRO

«Tiempo de 98», de Juan Antonio Castro, por E. Huertas

34

Retales arti-políticos, por José María Pérez Lozano

35

Chiste, por S. Almarza

36

Binomio de convivencia en el Santander decimonónico



SS. MM. los Reyes, a su regreso de unas regatas, son recibidos por el alcalde don Pedro San Martín, que aparece en la fotografía con sombrero y bastón en la mano.

Una lección de tolerancia de tradicionalistas y liberales: Menéndez Pelayo, Pereda y Amós de Escalante junto a Pérez Galdós, González de Linares, Estrañi y Madrazo.

Por una serie de circunstancias, que vamos a analizar, se inicia en el Santander de finales y principio de siglo un movimiento cultural sin precedentes, verdadera revolución generacional, que Maraño definió como «foco potente de espiritualidad». Las causas de este esplendor intelectual en la vieja puebla mercantil y marinera había que buscarlas en el puerto y en su comercio con Europa y América, en la existencia de una abundante prensa y publicaciones literarias, a las que debe añadirse la fundación, en 1838, del teatro Principal y del Instituto de Enseñanza Media, que pocos años después se completaban, en su misión cultural, con la creación, en 1841, del Liceo Artístico y Literario y, en 1865, con la del Ateneo Mercantil.

Desde la tribuna del Instituto un profesorado selecto y humanista preparó diversas promociones de estudiantes, de los que salieron después los hombres más representativos de las letras y de las ciencias de ese movimiento intelectual que dio

origen en la capital de la montaña a una Escuela literaria, que tuvo en Menéndez Pelayo su máximo representante, y de otra científica, a la que pertenecen naturalistas y médicos como González de Linares y Ortiz de la Torre, e incluso de prehistóriadores, que se promueve a partir de los descubrimientos de Marcelino Sanz de Sautuola.

A partir de mediados de siglo, es cuando hace su aparición en Santander «una generación de hombres afanosos de saber, llenos de espiritual inquietud, lectores incansables, discutidores de todos los temas de la literatura y de la ciencia» (1). En efecto, es entonces cuando se multiplican en la ciudad las tertulias familiares y otras literarias que se hicieron célebres, en el café Suizo, la Guantería

(1) Cfr. G. Maraño. *Tiempo viejo y tiempo nuevo*. Espasa-Calpe. Madrid, 1965. Pág. 87.



El Jefe del Partido Socialista, Pablo Iglesias, después del mitin celebrado en 1904 en la Plazuela de Numancia.

de la calle La Blanca, en la tienda del óptico Roberto Báñez o en la rebotica de Díez Solórzano, también en esa misma calle.

En este ambiente cosmopolita y cultural, que parte del puerto y de las bibliotecas, bajo un signo de inquietud intelectual, coinciden en Santander una serie de hombres, representativos del siglo, que pueden ponerse como ejemplo de lección de tolerancia, en el campo ideológico y político, y de lo que significa para los hidalgos el sentimiento profundo de la amistad.

EL PENSAMIENTO CATÓLICO Y TRADICIONAL

En este Santander de finales de siglo, Menéndez Pelayo, Pereda y Amós de Escalante constituyen los representantes más destacados del pensamiento católico y tradicional. Este grupo al que podría añadirse el hermano de Menéndez Pelayo, se caracteriza, en general, por una homogeneidad de pensamiento y procedencia. Los cuatro eran montañeses, escritores y estaban unidos por lazos de amistad o parentesco.

Su patriotismo hondo y sincero les lleva a buscar el retorno y consagración de los valores tradicionales del pueblo español, lo cual no impide que preconizaran la incorporación de cualquier producción científica o literaria que fuera original y ortodoxa.

Puede considerarse esta fracción como la gran difusora en España del montañesismo. Gracias a este grupo reducido, pero de gran influencia y prestigio, se dio a conocer la geografía, el paisaje, las costumbres y los rasgos más característicos de la tierra en que nacieron, pensamiento que expresa Menéndez Pelayo en *La ciencia española* con estas palabras: «(...) crezca en nosotros el amor a las glorias de nuestra provincia, de nuestro pueblo y hasta de nuestro barrio, único modo de hacer fecundo y provechoso el amor a las glorias comunes de la Patria...» (1).

Difícilmente puede encontrarse en otra provincia un grupo tan homogéneo y con una figura tan destacada como la de Menéndez Pelayo, que puede considerarse como una de las más importantes del siglo, en el campo de la investigación histórico-literaria. Sin embargo, pese a los lazos ideológicos y de amistad que unieron a estos hombres, no se puede decir que su comportamiento, en la manera de defender este pensamiento católico y tradicional, fuera idéntico en ellos.

Menéndez Pelayo, la figura más prestigiosa del grupo, es el gran paladín de la doctrina católica, materia en la que no admite concesiones, pero su humanismo le obliga a tener contactos con otros pensadores o a juzgar objetivamente sus obras de contenido ideológico muy diferente al suyo. Este intercambio estético y cultural le hace, sobre todo en su segunda época, temporalizar con aquellas personas que consideraba honradas y útiles, a pesar de que su pensamiento tuviera otra trayectoria. Laín Entralgo ha analizado la postura doctrinal de don Marcelino de Intorla en lo que se refiere al dogma o a la moral, lo cual —escribe— no fue obstáculo para que Menéndez Pelayo, naturalmente abierto y cordial, tratase con generosa afición a los disidentes del catolicismo con quienes convivió» (2).

De aquí su actitud amistosa en algunos casos y de respeto en otros, para con algunos de sus contemporáneos que no participaban de sus mismas ideas. Tal ocurre con Joaquín Costa, el Dr. Boehmer, Pérez Galdós, Leopoldo Alas, Valera, González de Linares, etc.

Pereda, el segundo de estos hombres y el más ligado a la Montaña, es menos flexible en sus ideas en las que se siente aferrado a la vieja tradición de sus mayores. Teme, a la vez que censura, la corriente de «neurosis político-social» que parece invadir al país. Pereda es como el joven Tarsicio que guarda junto a su pecho el relicario de las creencias y virtudes de la raza.

Tiene una fe monolítica en el ideal cristiano y en los valores del pueblo español, y considera esto más útil, con sus inconvenientes también tradicionales, que las nuevas tentativas de reforma, que le parecían inoportunas y peligrosas. «De fuera han venido ciertas ideas —dice en su Discurso en la Real Academia Española— que, o porque no son buenas, o por haber sido mal digeridas, tienen a los hombres, altos y bajos, en perpetua locura y disconcierto.» (1).

Pérez Galdós, que le trató intimamente y le conocía bien, refiere en el Discurso de contestación al ingreso de su amigo en la Academia, cómo Pereda no cedía nunca en sus opiniones y mantenía sus creencias por encima de todo. «Es irreductible —afirma Galdós—, homogéneo y de una consistencia que excluye toda disgregación» (2).

(2) Laín Entralgo, P., 1952. Menéndez Pelayo. Colec. Austral. Espasa-Calpe. Madrid. Pág. 73.

(1) Cfr. José María de Pereda, 1897. Discursos leídos ante la Real Academia Española. Establ. Tipogr. Vda. e Hijos de Tello. Madrid. Pág. 18.

(2) Véase la contestación de Pérez Galdós a Pereda en este mismo discurso.



Redacción del «Cantábrico», a cuyo frente aparece su director,
don José Estrani.

• Amós de Escalante, el mayor de edad, representa por sus años, carácter y preparación, el padre espiritual del grupo tradicionalista, al que también pertenecía, como hemos dicho, Enrique Menéndez, hermano de Marcelino. Amós de Escalante tiene en común con el resto del grupo tradicionalista, la dedicación literaria, a la par que un acendrado catolicismo y un gran amor a la Montaña. Pero es sin duda de los cuatro el que lleva de un modo directo su inquietud religiosa a la literatura y a la práctica, ya que, si mal no recuerdo, intervenía en la censura de espectáculos, y hasta tuvo algunas desavenencias con Pereda con motivo de la publicación de *La Montálvez*, que, aunque no llegaron a ser graves, denotan sin duda una mayor intransigencia en sus ideas (1).

Cuenta Marañoón que allá en sus años jóvenes, cuando venía su familia a veranear a Santander, tuvo ocasión de conocer y tratar a Pereda, Menéndez Pelayo y a Galdós. La descripción que nos ha dejado del pensamiento político de los dos primeros coincide con los juicios señalados. «Pereda era de un derechismo declarado, absolutista y riguroso. Odiaba el movimiento liberal del siglo. No recuerdo ahora —continúa Marañoón— si estaba públicamente inscrito en el partido carlista (2), pero desde luego profesaba sus ideas. Y en cuanto a Menéndez Pelayo, en aquellos años mantenía con impetuosa violencia su gesto tradicionalista y antiliberal» (3), que como hemos de ver modificó después en su rigorismo.

Al comparar el tradicionalismo, como fuerza opositora al krausismo, con el que contendió ideológicamente, subraya Torrente Ballester (5) cómo el primero no tuvo «consecuencias culturales importantes», en tanto que los segundos carecieron de pensadores de talla.

Si se exceptúa en gran parte a Menéndez Pelayo, el más universal de todos ellos, hay que subrayar que el grupo tradicionalista perdió contacto con el presente y prefirió refugiarse en el pasado, olvidando las nuevas corrientes culturales e incluso políticas, como dice Torrente, que estaban cambiando el panorama de Europa y que podían ofrecerse con actualidad a las nuevas generaciones. Este inmovilismo ofreció indudables ventajas a los elementos opositores, liberales e institu-

cionistas, que lograron formar un núcleo intelectual sólido y coherente que intentó reformar España a su manera, y cuya proyección ha llegado hasta nuestros días, teniendo especial importancia en el desarrollo de los acontecimientos culturales y políticos de la historia contemporánea de nuestro país.

LA DEMOCRACIA LIBERAL

Junto a este grupo destacado del pensamiento católico, que representaban las derechas del Santander de finales de siglo, había otro heterogéneo, de ideas avanzadas para aquella época, grupo que constituía una importante fuerza en la ideología liberal y republicana.

Pérez Galdós, el Dr. Enrique Diego Madrazo, José Estrani, González de Linares y Sánchez Díaz, son quizás los más representativos. Todos ellos tienen en común una serie de detalles de tipo profesional e ideológico, que explica también los lazos más o menos estrechos de amistad que tuvieron entre sí.

Los cinco dejaron fundaciones o centros de estudio en Santander, algunos de los cuales todavía perduran. González de Linares crea en 1886, la primera Estación de Biología Marina de España, el Dr. Madrazo, en 1894, las Escuelas y el Sanatorio quirúrgico de Vega de Pas y, dos años más tarde, el que todavía existe con su nombre en Santander. Estrani, en 1895, funda y dirige el diario *El Cantábrico*, que agrupa a una serie de figuras y colaboradores de muy distinta tendencia. Sánchez Díaz, el más joven del grupo liberal, es el creador en Reinosa de la Casa de la Cultura, que lleva su nombre. Pérez Galdós, desde su finca de «San Quintín», representa el nexo de unión de casi todos ellos y era también, sin duda, la figura más relevante y conocida.

No todos eran montañeses, pero tanto de Pérez Galdós como de Estrani puede decirse que Santander significó para ambos su provincia adoptiva, donde desarrollaron la parte más fecunda de su obra.

Según confiesa el mismo Galdós, es en 1871 cuando acude a Santander por primera vez, atraído por la personalidad de Pereda y, posiblemente, también en busca del mar, de un mar que en verano le recuerda su ciudad natal de Las Palmas de Gran Canaria.

En la capital de la Montaña instala su palacete «San Quintín» en el que se rodea de libros y donde cita a sus amigos. Su encuentro con Pereda tiene una gran transcendencia en su vida y da origen a una fuerte y sincera amistad. «Cuando

(1) Cfr. Fernández Cordero y Azorin, M. C., 1968.—Cartas de Pereda a José María y Sinforoso Quintanilla, bol. Biblioteca Menéndez Pelayo (1-4). 189-327.

(2) En efecto, Pereda fue Diputado carlista en las Cortes de 1871.

(3) Marañoón, G. 1953.—*Tiempo viejo y tiempo nuevo*. Colec. Austral. Espasa-Calpe. Madrid. Pág. 97.

(4) Marañoón, G. 1953.—Opus cit. Págs. 37 y 108.

(5) Torrente Ballester, G. 1965.—*Panorama de la Literatura española contemporánea*. Edic. Guadarrama. Madrid. Pág. 158.

allá por los años de 1875 y 1876 presentaba en mis novelas casos de conciencia que no eran de su agrado o desdén de sus ideas, me reñía con sincero enojo y a mí me agradaba que me riñese... ¿Creía usted —le confiesa, a un periodista (1)— que por eso no quería que se ~~comunicaran~~? No hay tal cosa. Lo hacía de buena fe y con el mejor de los cariños: Pereda y yo éramos verdaderos amigos entrañables...»

En San Quintín acuden amigos y contemporarios de muy variada significación ideológica. Allí conversa con Menéndez Pelayo y Pereda y otras veces con Estrañi y Madrazo. Uno de los visitantes ilustres de San Quintín fue también Pablo Iglesias, quien con otros componentes de la coalición republicano-socialista, tuvieron allí una reunión el 21 de septiembre de 1911, y desde Santander enviaron al Presidente del Congreso un extenso telegrama reivindicando los derechos de la clase obrera, protestando a la vez, por las representaciones empleadas por el poder público, las operaciones militares de Marruecos y solicitando se convocara el Parlamento, «adviéndole —decían— que no estamos dispuestos a consentir que la gran parte de opinión que representamos quede sin manifestarse por estar las Cortes cerradas, por la prohibición de todos los comicios populares y por la mordaza que se le ha puesto a la prensa, emulando en esto el actual gobierno a los que en otro tiempo merecieron de usted justas y energicas execraciones» (2).

El escrito iba firmado por Pérez Galdós, Pablo Iglesias, Manuel Carande, Melquíades Alvarez, Rosendo Castells, Rodrigo Soriano, Félix de la Torre, Francisco Pi y Arzúaga, Joaquín Salvatella y Pablo Nogués, secretario de Galdós.

También le unió una estrecha amistad a Galdós con Macario Rivero, que era socialista y llegó a ser Alcalde de Santander. Tenía Rivero una imprenta y encuadernación en la calle del Cubo y era frecuente verle en animada charla con Don Benito, quien distinguió con su amistad a este hombre honrado, que, como persona y Alcalde, gozó de la estima del pueblo de Santander. Rivero fue quien acompañó a Pablo Iglesias desde Madrid cuando habló por primera vez a la clase trabajadora de Santander el 18 de octubre de 1900 desde el salón de la Exposición de Calzadas Altas.

Cuando no recibía a sus amistades en «San Quintín», don Benito solía acudir a la velería de don Alberto Anabitarte donde se formaban animadas tertulias marineras.

La situación privilegiada de su casa le permitía divisar uno de los panoramas más hermosos de la ciudad, y sobre todo, la entrada de la bahía. Entre sus entretenimientos favoritos estaba el hacer señas a los buques que avistaban tierra. Llegó a ser familiar el mástil con las banderitas que saludaban a los barcos. Pero sus ideas republicanas enfriaron las relaciones con la Compañía Trasatlántica y sus libros fueron retirados de la biblioteca de aquellos barcos, a la vez que cesaron los simáticos y amistosos saludos de los buques (3).

No serían éstas, por supuesto, las únicas muestras de hostilidad de sus adversarios. Como se sabe, existió toda una conjura contra Galdós, sólo comparable a la que también sufrió Menéndez Pelayo, aunque, por supuesto, de distinto signo y menos encarnada en este último. Hasta en el propio Santander llegaron a adquirir un fuerte carácter de polémica. Recuérdese, por ejemplo, el banquete que el 9 de marzo de 1893 le ofrecieron a Galdós sus amigos de diferentes tendencias en el hotel Continental. A los pocos días el periódico *La Atalaya* reprochó el que se diera un homenaje a un hombre de clara significación izquierdista, promoviendo con ello una larga y desagradable discusión con otros periódicos, polémica que disgustó a Pereda, que fue el único que habló en el homenaje.

Galdós pudo comprobar, con honda tristeza, cómo se ponía el veto a su entrada en la Academia y a la concesión del premio Nóbel e, incluso, se prohibían en las estaciones la venta de sus libros.

El grupo liberal y republicano de la ciudad encontró en Galdós, como hemos dicho, a la figura más representativa y popular del liberalismo en las letras y en la política.

(1) Cfr. Las confesiones de su vida hechas al «Bachiller Corchuelo». «Nuestros grandes prestigios. Benito Pérez Galdós» en *Por esos mundos* núm. 186, de julio de 1910. Pág. 32.

(2) Cfr. Sánchez, F. 1949.—*La vida en Santander. Hechos y figuras (50 años —1900-1949—)*. I. Gráficas Aldus. Santander.

(3) Cfr. sus confesiones al «Bachiller Corchuelo». Opus cit. pág. 55.

El segundo miembro en importancia de este grupo lo formaba don Augusto González de Linares, uno de los discípulos predilectos de Giner de los Ríos, que había sido retirado de la enseñanza en 1875 por la llamada cuestión universitaria, suscitada por una circular en materia de enseñanza dictada por el Ministro de Fomento, don Manuel de Orovio. Incorporado de nuevo a la cátedra en 1881, pidió la excedencia para fundar en Santander el primer laboratorio de España dedicado al estudio de la fauna y flora marinas.

La casa de los Linares en Valle (Cabuérniga) fue también lugar de acogida de ilustres huéspedes, como Giner de los Ríos, que pasó largas temporadas, Torres Campos, Salvador Calderón, Posada Herrera, Nicolás Salmerón, Segismundo Moret, el duque de Almodóvar, etc.

A él se debe posiblemente que la Institución Libre de Enseñanza eligiera San Vicente de la Barquera como sede para la instalación de las llamadas colonias escolares.

Una vez asentado definitivamente en Santander, González de Linares formó parte del grupo liberal, participando de la amistad de Galdós, Estrañi y Madrazo. En «San Quintín» se conservaban unos cráneos de tiburones, regalo de Linares a Pérez Galdós. La amistad con Estrañi procedía de cuando se conocieron en sus años mozos en Valladolid y después duró toda la vida. En Madrazo y Linares existía una coincidencia de tipo profesional, ya que los dos eran catedráticos, si bien uno se dedicó a la biología pura y el otro a la biología aplicada. Se daba además la particularidad de que ambos sentían una profunda preocupación por la reforma de la enseñanza y los dos se habían apartado de las funciones docentes, bien voluntariamente, como en el caso de Madrazo, o temporalmente, como sucedió con González de Linares.

La medicina y la pedagogía eran las dos vocaciones de Madrazo a las que había dedicado su vida. Allí en lo profundo de su alma tenía Madrazo una fuerte vocación de maestro, a la que se entregaba con el mayor entusiasmo. Era este ilustre cirujano de la opinión de que la ciencia no debiera tener otro fin, sino hacer mejores a los hombres. Para ello abogaba por la eugenios, la educación democrática y la distribución equitativa de la riqueza.

Conocido en la ciudad y en el resto de España por ser uno de los cirujanos más prestigiosos de su tiempo, creía que en la enseñanza estaba el camino para renovar el país e incorporarle plenamente a las naciones más desarrolladas de Europa, única forma de conseguir un cambio de mentalidad y lograr una efectividad económica y político-social para el pueblo. Esta firme convicción le hacía sufrir y gastar toda su energía, admirable energía de pasiego voluntarioso, en propagar sus ideas desde el periódico, la cátedra e, incluso sus obras de teatro, iban encaminadas a difundir esta doctrina de la salud física y mental.

Su amistad con Pérez Galdós fue bastante íntima, aparte de ser uno de los médicos que asistía al novelista canario. Marañón recuerda haber visto con frecuencia en la casa del escritor en Toledo. Por su parte, Madrazo encontró en Galdós apoyo y consejo en sus tentativas como autor teatral. Así, reconoce que don Benito le profesaba una gran estima y que incluso se decía que le había tomado como protagonista en uno de sus dramas. Muchas y largas fueron las conversaciones de ambos en la casa de Galdós y numerosa la correspondencia que mantuvieron.

Estrañi era otro de los visitantes asiduos de «San Quintín» con quien don Benito gustaba mucho charlar sobre temas literarios y políticos.

Había nacido José Estrañi en Albacete en 1840, y antes de llegar a Santander había recorrido diversas capitales, alterando el trabajo y el periodismo, pero es aquí donde al fin se instala y funda el diario *El Cantábrico*, órgano representativo de la prensa liberal y democrática que sirvió de portavoz para la propaganda y defensa de las ideas republicanas y liberales.

Era el albaceteño hombre de profundo ingenio y dotado de un talento periodístico nada corriente. Su carácter franco y bondadoso le ganó en seguida la popularidad y simpatía de los santanderinos.

Sus célebres «pacotillas», composiciones festivas que tuvieron muchos imitadores, le dieron a conocer en toda España como el coplero del siglo XIX, y fueron sin duda

el procedimiento de crítica más seguro y eficaz con que contaba Estrañi. Conviene advertir, sin embargo, que, motivado precisamente por la espontaneidad y gracia con que sabía expresarse en sus escritos, tuvo también no pocos disgustos.

Por último, Sánchez Díaz, aunque más joven e independiente, su gran amistad con Joaquín Costa permite que se le incluya en este grupo, con el que tiene también una estrecha relación en cuanto al trato y la ideología, si bien su influencia y renombre son mucho más tardíos. Sin embargo, ya en aquellos años era popular el joven escritor que había llamado la atención de Joaquín Costa.

POSICION ANTE LA IGLESIA ESPAÑOLA

Los cinco componentes del grupo practicaban las ideas republicanas y eran «disconformes religiosos», si entendemos por tal el hecho de que no les gustaba la Iglesia española por lo que tenía, a su juicio, de imperfecta, lo que hizo que algunos de ellos figuraran como anticlericales. Su desviación radicaba en no haber podido identificar lo que ellos opinaban en materia religiosa con la línea mantenida por la Iglesia de su tiempo, en la que no encontraban el modelo que hubieran deseado. Son en definitiva unos exigentes religiosos que, ante el programa que les ofrecía, se vuelven contra ella como terribles críticos. Lo cual no impide que fueran filántropos, de moral estrecha y, algunos de ellos, en constante búsqueda de la verdad religiosa. En cierto modo, se puede decir que fueron hombres que no llegaron a realizarse en sus aspiraciones religiosas o, tal vez, no quisieron ser católicos mediocres por comodidad o conveniencia.

No todos los liberales montañeses se opusieron al dogma, e incluso gran parte de ellos mantuvieron cordiales relaciones con distintas órdenes religiosas. Este último caso se presenta, por ejemplo, en Linares, Madrazo y el propio Galdós, al que recuerda Marañón en sus simpáticas charlas con las monjitas de Toledo.

El anticlericalismo del novelista canario consiste en atacar al fanatismo religioso, la intolerancia, el egoísmo, los prejuicios sociales, etc., en igual medida que defiende el amor al prójimo, la justicia a la abnegación. Por eso Menéndez Pelayo puntualiza este aspecto de su amigo, cuando dice: «Galdós ha padecido el contagio de los tiempos, pero no ha sido nunca un espíritu escéptico, ni un espíritu frívolo. No intervendría tanto la religión en sus novelas si él no sintiera la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable» (1).

Caracteriza, en definitiva, al grupo de intelectuales liberales montañeses el afán de patriotismo, sus ansias de renovación y mejora del país y una constante preocupación por la pedagogía. Recuérdese la vocación y entrega de Giner en esta materia, la fundación de González de Linares y sus ideas sobre una universidad regional en Santander, las protestas de Madrazo y las campañas periodísticas de Sánchez Díaz.

Como hemos de ver a continuación, sus relaciones con el grupo tradicionalista fue en esta provincia respetuoso y hasta, en ocasiones, cordial, si se exceptúa la célebre polémica mantenida entre Menéndez Pelayo y Gavica en relación con el krausismo y en defensa, el primero, de Pereda.

Santander, por las razones que hemos expuesto, era entonces núcleo importante de la intelectualidad española. El deseo de colaboración y comprensión se daba en ambos grupos, en parte divergentes, pero no contendientes, al menos en el ámbito provincial.

No vamos a referirnos aquí a la amistad que unió a Benito Pérez Galdós, principal figura de los liberales, con Pereda y Menéndez Pelayo, por ser tema harto conocido y tratado. Pero sí conviene analizar estas interrelaciones entre los restantes miembros de ambos grupos, que amplía el panorama de la convivencia en el terreno político y religioso, que se ha citado siempre como el testimonio de tolerancia más representativo de aquella época.



Don José María de Pereda y don Carlos Pombo y A. Escalante en la finca del primero en Polanco.

En un principio Menéndez Pelayo incluyó a Galdós y a Linares en su libro de *Los Heterodoxos*, si bien el segundo aparece tan sólo como perteneciente al grupo de catedráticos promotores de la disidencia universitaria. En cuanto a Galdós, a pesar de la pública y notoria discordancia que los separaba en puntos esenciales, tal como recordaba don Marcelino en su discurso de contestación al ingreso del novelista en la Real Academia, el polígrafo santanderino reconoció en aquella ocasión cómo en los hervores de su juventud le había atacado «con violenta saña», sin que por ello mermara su estima y amistad con don Benito.

Es también de sobra conocida la gran oposición que siempre mostró Menéndez Pelayo contra el krausismo, por aquella filosofía, como él dice, «en mal hora venida de allende el Rhin», aunque comprende como esta doctrina pudo subyugar a mentes honradas y esclarecidas. En este sentido, siempre se manifestó como enemigo declarado, pero sin encono, del krausismo, así como de los extremistas intelectuales de ambos bandos. Su gran preocupación fue comprender a los demás y poder aunar las tendencias en un sentido moderado que lograra la unidad de los españoles.

«Preocupa al joven Menéndez Pelayo —dice Pedro Laín— el hallazgo de un antídoto adecuado a los males de España y no lo ve en la receta intelectual que propongan los «avanzados» y los «reaccionarios» españoles. Progresistas y reaccionarios le parecen ajenos a España, y ésta es la más grave objeción que su alma puede hacer a la estéril polémica por ambos grupos sostenida» (1).

Por el lado liberal, como ya se ha dicho, Pérez Galdós, González de Linares y Diego Madrazo eran los más conocidos, y los tres, sobre todo el segundo, estaban vinculados a Giner de los Ríos por amistad o simpatía, aunque en algún caso, como ocurrió con Madrazo, no estuviera en todo de acuerdo con los procedimientos pedagógicos del fundador de la Institución.

PRIMER CENTRO DE BIOLOGÍA MARINA

Es a partir del asentamiento de Linares en Santander cuando tiene lugar un trato, de raíces intelectuales, entre Menéndez Pelayo y Linares, que se manifiesta, sobre todo, con motivo de la instalación en Santander del primer centro español dedicado al estudio de la biología marina, en que don Marcelino figura entre los firmantes del informe emitido por el Consejo de Instrucción Pública para su creación en la capital de la Montaña. Pero no fue esta la única vez que el polígrafo salió en defensa de la obra científica de su paisano. En 1891, coincidiendo con el turno de Cánovas en el Gobierno, en que era Isasa Ministro de Fomento, tiene que acudir de

(1) Cfr. el discurso de contestación de Menéndez Pelayo en 1897 al ingreso de Pérez Galdós en la Real Academia Española. Obras completas de Menéndez Pelayo, 1942, I, 96.

(1) Cfr. Laín Entralgo, P. 1952.—Menéndez Pelayo. Colec. Austral. Edit. Espasa-Calpe. Madrid. Pág. 35.

nuevo Linares a Cedrún de la Pedraja y a Menéndez Pelayo ante las intrigas contra el centro que dicen huele «a Institución y krausismo». Así le escribe, a éste último, a Madrid pidiéndole le ampare «contra la ignorancia de unos y el mal querer (bien estúpido sin duda) de otros», para que a través de la influencia de Cánovas no se modifiquen los presupuestos a la Estación biológica. Existiendo el peligro de que los presupuestos cada vez más mermados ahogaran el desarrollo de la naciente Estación, fundada en su ciudad natal, don Marcelino se dirige a Cánovas informándole del significado científico que tiene el centro. «Yo le he visitado muchas veces demostrando su afán de perfeccionamiento y progreso, su visión de precursor, y en cuanto puedo juzgar de estas cosas, creo que es un centro científico que honra a España y que con el tiempo podría ser el núcleo de una verdadera Facultad de Ciencias a la moderna, que en vez del estudio formalista y rutinario que ahora se da en las universidades, habitúase a nuestros alumnos a la observación y experimentación directa del mundo físico» (1).

Menéndez Pelayo le hace ver además a Cánovas cómo su paisano, conocido por su vinculación a Giner de los Ríos y promotor del conflicto universitario, se halla apartado de toda actividad que no sea el estudio y el trabajo. Por eso le declara al Presidente del Consejo: «Mi amigo Augusto G. de Linares, que es o ha sido krausista y catedrático de la Institución Libre, pero que ante todo y sobre todo ama la ciencia desinteresadamente y por sí misma»... e insiste, a continuación, acerca del daño que supondría la supresión del laboratorio de Santander.

En 1896 por segunda vez González de Linares recurre a la influencia de don Marcelino, sirviéndose de Torres Campo, profesor también de la Institución, para que se proveyera la cátedra de Malacología de la Universidad Central, vacante hacía tiempo, se creara otra de Embiología y la Estación de Santander se vinculara también a la Universidad de Madrid, en la preparación de becarios y estudiantes, como así sucedió.

En otras ocasiones mantuvo correspondencia el erudito montañés con destacados krausistas. Existe, por ejemplo, en su archivo epistolar una carta de Giner rehusando la invitación de dar unas conferencias en el Ateneo. Igualmente figura otra de Joaquín Costa solicitando bibliografía para la galería de colectivistas españoles que deseaba incluir en su libro del *Colectivismo agrario en España*. Pero estas cartas no pasan de ser una mera relación de cortesía o de consulta entre eruditos, fenómeno que no se da con González de Linares, que fue uno de los institucionistas más distinguidos por el favor de don Marcelino.

Otros ejemplos se pueden citar de amistad y colaboración de los dos grupos de intelectuales que estudiamos, asentados en Santander. Es también menos conocida la que existió entre Menéndez Pelayo y Madrazo. La correspondencia cruzada entre ambos, y que hemos comprobado, alude a una consulta que le hace el famoso cirujano pidiéndole «su juicio leal y sincero» acerca de dos obras de teatro que le adjunta. No conocemos el diagnóstico crítico que le dio don Marcelino, pero por la correspondencia de éste con su hermano Enrique (véase las cartas del 22 de octubre de 1910 y del 28 de febrero de 1911) sabemos que no era precisamente un admirador de las piezas dramáticas con que el doctor pretendía expandir sus conocimientos e ideas sobre eugenio, patología y educación, y que no debieron de entretener tampoco mucho a sus paisanos, ya que al referirse al autor de tal didáctica teatral le bautizaron con el mote de «Doctor Dramazo». Sin embargo, Madrazo sentía una sincera admiración por su paisano, a quien estimaba por sus sentimientos católicos y por la calidad y estilo de su obra. El afán de una crítica sincera, que opinaba no existía en España, le llevó a exponer desde la tribuna del Ateneo de Madrid su juicio sobre la obra de Menéndez Pelayo y Galdós, a quienes conocía y consideraba como «honra y prez» de la moderna literatura española.

Por su parte, Estráñi, desde el diario *El Cantábrico*, procuró siempre ensalzar las figuras insignes y prestigiosas que sabía estaban por encima de los intereses políticos.

Particularmente le unía una buena amistad con todo el grupo de liberales ilustrados y también con los representantes del otro bando, a quienes, en gran parte, retrató en sus *Semblanzas santanderinas*.

(1) Carta de 1891 de Menéndez Pelayo a Cánovas.



Don Benito Pérez Galdós y don José Estráñi, en «San Quintín» en 1919.

Cuando tuvo lugar el estreno de su obra teatral «El rizo de doña Marta», se sabe que acudió Pereda a la representación y pasó después a felicitar al autor con quien estuvo charlando largo tiempo.

Estráñi sentía también un gran respeto por Amós de Escalante, a quien dedicó el día de su muerte la placa principal del periódico con las colaboraciones de Carmelo Echegaray, Enrique Menéndez Pelayo y otros santanderinos ilustres que hicieron la necrológica del escritor que había colaborado, en ocasiones, en el periódico.

Esta lección de tolerancia, como la define Marañón, se encuentra entre el resto de los miembros de ambas facciones, incluso en algún caso entre escritores y personalidades de menor relieve. Tenemos el caso, por ejemplo, de Modesto Martínez Pacheco, paisano y amigo mutuo de Menéndez Pelayo y Linares, cuya situación es muy parecida a la de Ricardo León, que igualmente participó de la amistad de Linares y de Madrazo, a la vez que fue admirador y apologista de Menéndez Pelayo. Tuvo también una gran amistad con Amós de Escalante, a quien prologó su obra *Del Manzanares al Dárro*.

La conexión y el deseo de convivencia, como vemos, en el ámbito provincial de los dos grupos es evidente, y aunque ninguno de ellos esté dispuesto a concesiones, procuran sin embargo llegar a una política de entendimiento.

«Esa moral del diálogo y de la convivencia es particularmente notable —dice Barco Teruel (1)— en un pueblo intolerante, extremista, de facciones exclusivistas, de individualismos exacerbados y militantes, pronto a la discordia. La gran aspiración de las mejores cabezas y de los mejores corazones del liberalismo español, por encima de todos los dogmas políticos era precisamente la cordialidad.»

Téngase en cuenta que en ningún caso los liberales y tradicionalistas montañeses llegaron a considerarse enemigos irreconciliables, debido posiblemente a la falta de extremismo en sus ideas y al afán por ambos bandos de comprenderse y llegar a una coexistencia que impulsara al país por ambas vertientes. Quien sabe si de haber permanecido este criterio de los intelectuales montañeses decimonónicos, seguido en gran parte también en otros lugares de España, se hubiera conseguido, mediante una fusión, evitar las consecuencias de la clásica separación de derechas e izquierdas que motivó la lucha de clases y el desencadenamiento de la guerra civil.

Benito MADARIAGA

(1) Barco Teruel, E. 1961.—Elogio y nostalgia de Marañón. Editorial Barna. Barcelona. Págs. 242-243.